

misferio de las doctrinas que repugnan con nuestras convicciones tradicionales de democracia y de libertades humanas”.

Pero a Somoza le queda algo por lo que ha peleado desde nace ya algunos años. Le queda la mano libre en el Istmo para tratar de forjarse una hegemonía local en beneficio —una vez más— de los intereses de sus amos.

Los imperialistas están muy preocupados por la penetración cada día más alarmante que los germano-italo-japoneses han venido consiguiendo en el Istmo. Estos, en efecto, han puesto sus ojos ahí por la vecindad de Panamá y del probable canal nicara-güense. León Cortés en Costa Rica, Martínez en El Salvador, Ubico en Guatemala han aceptado dádivas, ayuda y consignas de los poderes fascistas. En Costa Rica hay aeródromos japoneses camouflados; en El Salvador nada se decide sin previa consulta a los dos representantes del eje Berlín-Roma; en Guatemala, el Napoleón de farsa que es Ubico, ha recibido armas y aviones del eje y está preparando militarmente al pueblo guatemalteco para levantar en unos dos años más, un ejército de más de cincuenta mil hombres —quizás de cien mil— para hacer la conquista de América Central.

Esa infiltración de “ideologías” exóticas a nuestro hemisferio ha irritado al gran demócrata y de esa irritación piensa usufructuar Somoza.

Con la ayuda resuelta de un vecino tan bueno y tan poderoso como los Estados Unidos, Somoza está seguro de poder mucho y no teme lanzarse a la aventura que siempre tentó a los tiranos de Centroamérica: la hegemonía sobre todo el Istmo. Para eso, lo único que necesita es consolidar su tambaleante dominio en Nicaragua (él es el hombre más odiado de la Nación, pese a la abyección de sus burócratas bien pagados) y sentirse apoyado en sus provocaciones e intimidaciones a los otros tiranuelos istmeños.

Es probable, en consecuencia, que Somoza, además de los dos millones de trapos viejos de la industria yanqui, haya conseguido a cambio de su infamia, un convenio personal o íntimo con el apóstol, por cuya virtud éste le da manos libres contra los vecinos incomprensivos. Y buena comprobación de ello es que Somoza, a su vuelta de Wáshington, irá a las capitales centro-americanas en calidad de mensajero, trayendo entre sus labios la

palabra sagrada del patrón. ¡Ay, de quien no la escuche! —dirá él a sus cofrades.

Es evidente que la unidad de mando a través de un capataz de confianza, es lo ideal para la pandilla imperialista. Ella está en contra de la unión centroamericana, si ésta ha de hacerse —como se hará— por la base, por la voluntad de los pueblos istmeños; pero en cambio, apoya la aventura de Somoza porque ella le garantiza la expulsión de los enemigos imperialistas de un feudo tradicionalmente yanqui, y porque le ofrece una ventajosa centralización y estabilización del régimen de explotación colonial en esta zona de América. ¡Un solo feudo, un solo amo, un solo capataz!

Ese es el precio que Somoza ha cobrado a Roosevelt por entregarle a Nicaragua. Queda por saber si los pueblos centro-americanos, comenzando por el de Nicaragua, aceptarán servir de ganado en manos del asqueroso hombrecillo.

Tenia razón el diputado norteamericano Hohn Shafer (Wisconsin) al llamar a Somoza “un dictador sudamericano” y más aún el diputado Harold Knutson (Minnesota), al decir: “Encabezando el esfile, iba un automóvil de la Casa Blanca, llevando al gran demócrata Franklin D. Roosevelt y al torvo dictador de Nicaragua, lado a lado, en amistosa conversación... En lo alto, zumbaban cientos de aviones, quemando el dinero de los contribuyentes. —Dejadme decir a Herr Hitler que si deseamos contemplar ejemplos de militarismo y de esplendor bélico, no necesitamos viajar a Berlín y a Roma...”

A. ZAMORA

Mayo 23 de 1939

